

Laudate

BOLETÍN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CRISTIANDAD-ESPAÑA



FEBRERO

Nº 41



De compunctio cordis: acerca de la compunción

D. Pablo Ormazabal Albistur, Pbro.,
Capítulo San Francisco Javier.

El Homo viator

D. Miguel Ortega de la Fuente,
Universidad Francisco de Vitoria.

El riesgo de la herejía gnóstica en la Iglesia

D. Samuel Clavijo Gómez,
Capítulo Nuestra Señora de Covadonga.

Notas de actualidad

II Encuentro de música sacra.

Síguenos en nuestras redes sociales



Queridos fieles de NSC-E:

¡Con toda la ilusión estamos preparando la V peregrinación a Covadonga! Dado que cada año tenemos la alegría de ver crecer el número de peregrinos, se ha considerado necesario realizar una reestructuración en la organización, en aras a ofrecer a todos los peregrinos la mejor atención.

Para este año, ya se están inscribiendo nuevos capítulos, algunos de ellos vienen también desde el extranjero, para vivir junto a nosotros unos días inolvidables.

Este fin de semana, el coro de NSC-E ha estado ya ensayando las polifonías y cantos gregorianos que se interpretarán el próximo mes de julio en Asturias. Cada año van ampliando y mejorando el repertorio para la mayor gloria de Dios.

Con todas estas noticias, les invito a adentrarse en nuestro boletín que se publica en esta ocasión coincidiendo con el inicio del tiempo de Septuagésima.

Reciban un cordial saludo y mi bendición.

D. Iñigo Serrano Sagaseta de Ilúrdoz
Capellán General de NSC-E



DE COMPUNCTIO CORDIS: ACERCA DE LA COMPUNCIÓN

D. Pablo Ormazabal Albistur, Pbro., Capítulo San Francisco Javier

Entrando en el tiempo de Septuagésima, inauguramos el ciclo Pascual con la llamada que la Iglesia nos hará a la penitencia en la próxima Cuaresma.

Como un anticipo, la Iglesia responde a la Palabra de Dios ya en su oración de la *Dominica V post Epiphaniam*: «Sáname, Señor Dios, por la medicina de la penitencia (*Sana me, Domine, medicamentum paenitentiae, Deus*)» (*Nocturnale Monasticum, responsorio a la lección XI*). Sí, la penitencia es la medicina de la gracia de Dios. Estamos enfermos y Jesucristo, nuestro Médico, nos da la medicina que necesitamos por su gran misericordia.



Las lágrimas de Pedro (ca. 1700), Giordano Luca, extraído del Museo del Prado.

1. Los diversos significados de la penitencia

La penitencia tiene diversos significados:

- a) Es un sacramento por el que se nos confiere la gracia del perdón de nuestros pecados;
- b) Existen los actos de penitencia exteriores como los ayunos, las vigiliias, las mortificaciones, las peregrinaciones;
- c) Existen los actos interiores de penitencia, sin los cuales, las obras exteriores de penitencia «permanecen estériles y engañosas» (CCE 1430).

De entre la triple dimensión de la penitencia interior (cfr. CCE 1431), está la *compunctio cordis*: la compunción del corazón. Es una tristeza y dolor saludables, a veces unidos a las lágrimas, que acompañan la conversión del corazón y el deseo y la resolución de cambiar de vida.

2. ¿Qué es la compunción?

Una primera aproximación afectiva nos ha hecho entrever la naturaleza de la compunción. Pero esta, lejos de ser un vago sentimiento, es una gracia y una realidad muy profunda. Si la penitencia es medicina de Dios, su eficacia depende del poder de Dios, pero requiere al mismo tiempo una disposición interior nuestra para que obtenga el fruto que Dios desea. Esta disposición es también una gracia por la que el Espíritu Santo nos mueve a corresponder. Es la compunción.

Así, si, entre los actos del penitente en el sacramento de la confesión, el más importante es el acto de la contrición, su disposición en forma de hábito será la compunción. Se podría decir que la contrición es el acto de la compunción que es como su fuente. Como acertadamente afirma el beato Dom Columba Marmión, la compunción «es una disposición del alma que la mantiene habitualmente en la contrición¹».

¹ Dom Columba Marmión OSB. *Jesucristo Ideal del Monje*, Barcelona 1956, pp. 187-188.

3. La doctrina de los Santos Padres y doctores espirituales²

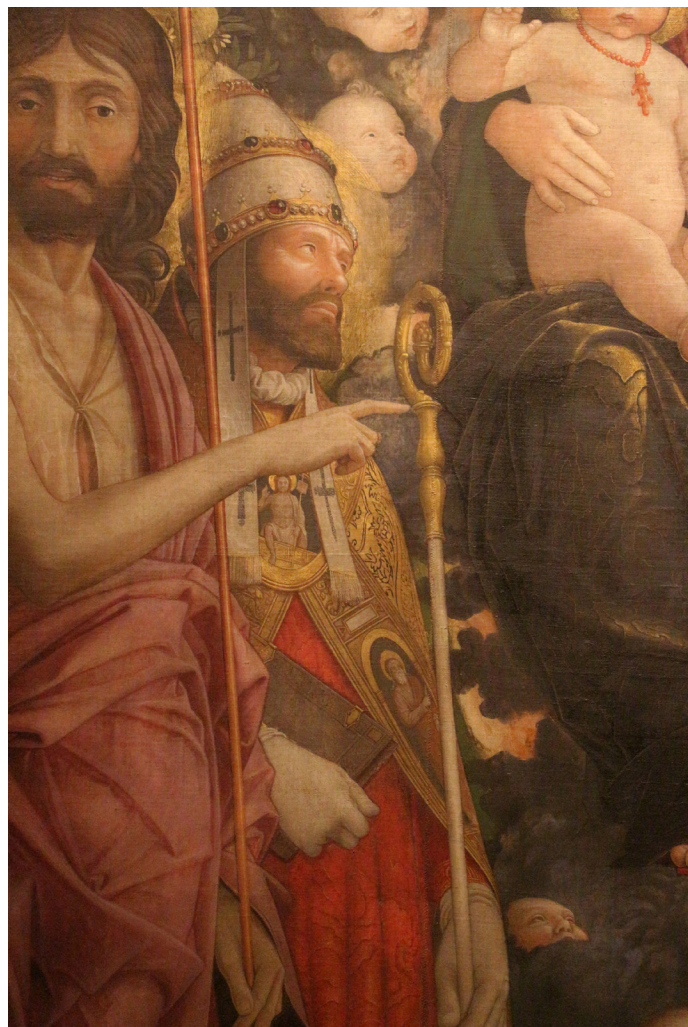
Los Santos Padres y maestros espirituales concuerdan, en términos generales, en afirmar que la compunción es:

- a) No un *acto*, sino una disposición del alma;
- b) Una *disposición*, no efecto tan sólo y a merced de las circunstancias favorables, sino permanente y constante³;
- c) Una disposición indivisa pero no simple, con un objeto múltiple: la purificación del corazón, el acrecentamiento del dolor de los pecados, el conocimiento propio, entre otros;
- d) Como ya se ha dicho, está muy unida a la contrición pero sin confundirse con ella, «sobrepasándola, superándola y transformándola de modo que venga a obrar a la vez como dolor y amor»⁴;
- e) Por eso, no sólo no es incompatible con la confianza y gozo en Dios, sino que la compunción los reafirma⁵;
- f) Ante la dureza del corazón del hombre, lo ablanda y lo acompaña en su camino de unión con Dios en todas sus etapas.

Asimismo, san Pablo hablará de esta disposición cuando exhorta a vivir desde la compunción: «Digo esto, hermanos, que el momento es apremiante. Queda como solución que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no lloraran; los que están alegres, como si no se alegraran; los que compran, como si no poseyeran; los que negocian en el mundo, como si no disfrutaran de él: porque la representación de este mundo se termina» (1 Cor 7, 29-31).

4. ¿Cómo adquirirla?

Dom Columba Marmión va a dar una serie de indicaciones muy precisas acerca de cómo adquirir esta disposición⁶. Aquí quiero señalar dos puntos:



Madonna Trivulzio (1497), detalle, Andrea Mantegna, extraído de Wikipedia commons.

1. La compunción es una gracia que hay que pedir. No es el fruto de nuestra mera acción humana, sino gracia de Dios que hay que suplicar con fe y humildad. Y, por eso, no es presunción hacerlo, pues nos es muy necesaria para nuestra salvación y santificación. Por el contrario, no hacerlo nos puede meter en tibieza.

2. Por medio de la meditación de la Pasión. El apóstol Pedro lloró al cantar tres veces el gallo (cfr. Lc 22, 60-62). Lloró amargamente cuando vio la mirada de Jesús. Pero, a pesar de su traición, pudo ver la mirada de Jesús porque en medio de su pecado no dejó de

² Cfr. P. Claudio de Jesús Crucificado OCD, «El espíritu y hábito de la contrición»: Revista de espiritualidad 14 (1955) 335-336

³ Así lo enseña san Bernardo en traducción coloquial: «La compunción de los tibios no es continua, sino salteada (*Tepidorum compunctio non continua, sed horaria est*)». Sermón 3 de la Ascensión del Señor.

⁴ P. Claudio de Jesús Crucificado OCD, «El espíritu», 336.

⁵ Cfr. Dom Marmión, *Jesucristo, Ideal del Monje*, 194-198.

⁶ El texto de la obra del beato Marmión se puede descargar gratuitamente [aquí](#).

seguir al Señor. Así somos nosotros. Por eso, debemos meditar la Pasión precisamente por nuestro pecado, y pedir al Señor la gracia de su mirada sobre nosotros.

5. El salmo 50

Hasta la reforma del salterio por parte de san Pío X, la Iglesia de rito romano rezaba a diario desde tiempo inmemorial (y sigue rezando en los monasterios que siguen el oficio monástico tradicional) el salmo 50. Hoy también podemos rezar a diario este salmo. En él se pide al Señor una gracia:

«*Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis*» (“Crea en mí,

¡oh Dios! un corazón puro y renueva dentro de mí un espíritu recto”) Ps 50, 12).

Pedimos esta gracia confiando en una certeza: «*Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies* (“un corazón contrito y humillado, ¡oh Dios!, no lo desprecias”)» (Ps 50, 19).

Y esta certeza se apoya en una esperanza: «*Beati qui lugent : quoniam ipsi consolabuntur* (“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados”). [...] *Beati mundo corde: quoniam ipsi Deum videbunt* (“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”)», Mt 5, 5-8.

EL HOMO VIATOR

D. Miguel Ortega de la Fuente, Universidad Francisco de Vitoria.

Cuando intentamos mostrar cómo es la vida del ser humano, solemos usar algún tipo de metáfora, ejemplo, mito o historia. Pero de todas quizás la más recurrente y, acaso, la más clara sea la del camino. No podemos citar todos los ejemplos porque este artículo sería casi un libro. Desde la epopeya homérica en sus dos versiones de *Ilíada* y *Odisea*, pasando por las mejores películas y obras de la literatura universal, y hasta de los recientes videojuegos nos muestran a un «hombre viajero» u «hombre en camino». También ha sido ampliamente utilizado en la filosofía y en la teología para describir la existencia humana como un proceso de tránsito, búsqueda y transformación. Desde la antigüedad hasta la modernidad, diversas corrientes de pensamiento han interpretado al ser humano como un peregrino que avanza hacia una meta trascendente, ya sea el conocimiento, la felicidad o la salvación. En este escrito, exploraremos el significado de *Homo Viator*, su desarrollo en la historia del pensamiento y su manifestación en la literatura.

La idea de que el hombre está en constante movimiento tiene raíces filosóficas muy antiguas. Ya en la filosofía griega, Heráclito afirmaba que «todo fluye» (*panta rei*), sugiriendo que la vida es un proceso de cambio continuo. Platón y Aristóteles, de una manera mucho más completa, concebían la vida humana como

una búsqueda de la sabiduría y de la plenitud, a través del alma que unida al cuerpo es capaz de elevar al hombre hacia la verdad y el bien. De hecho, es el propio Aristóteles en su *Poética* el que marca o delinea el camino o viaje de la persona como una trama típica literaria que parte de un protagonista que, a pesar de sus cualidades, comete un error que deviene en el momento trágico y le hace desviarse del camino correcto. A lo largo de este desarrollo, se encuentra con diferentes situaciones que suelen cambiar su destino, y, en medio de ellas, suele darse cuenta del error cometido, del que se arrepiente. Para, por último, finalizar en un desenlace trágico que busca la catarsis del que está inmerso en la obra, y que nos muestra un camino marcado por el sufrimiento y la reflexión, pero que normalmente acaba muy mal.

Claro, aún no ha llegado Cristo, quien cambia radicalmente el camino y muestra una meta diferente llena de amor y felicidad. Aun así, una buena parte del proceso es similar y lo vemos ya en la historia sagrada desde el Génesis, donde el hombre, a pesar de sus dones, comete el pecado de desobediencia por querer ser Dios; y todo cambia, de tal manera que se inaugura el pecado original que nos hace nacer sin noción del camino que seguir. No obstante, Cristo y su Iglesia nos proporcionan un nuevo don en el sacramento del bautismo, que, siguiendo con

la metáfora, es como el mapa para la salvación. Un mapa que luego debemos ir refrendando y contrastando con la dureza de la vida, pero sabiendo que ambos (Cristo y la Iglesia) nos acompañan y nos abren un camino de esperanza frente a la tristeza de las culturas griega y romana y, desde luego, frente a la que nos toca vivir. Por todo ello, no es ya trágico el final si se vive al lado de la cruz.

Por eso, en la tradición cristiana, el *Homo Viator* adquiere una connotación espiritual. San Agustín en *Las Confesiones* describe el camino del alma hacia Dios como un peregrinaje, donde la vida terrenal es solo una etapa transitoria en la búsqueda de la Ciudad Celestial. Esta idea también se encuentra en el pensamiento de Tomás de Aquino, que nos muestra que el hombre es un ser en vía hacia su fin último: la visión beatífica.



El caminante sobre el mar de nubes (1818), Caspar David Friedrich, extraído de Wikipedia commons.

En la modernidad, Gabriel Marcel, filósofo existencialista cristiano, retoma el concepto para expresar la condición humana como una aventura en la que el ser humano está siempre en busca de sentido. Para Marcel, el *Homo Viator* es un símbolo de esperanza, pues implica la capacidad del hombre para trascender sus limitaciones y dirigirse hacia lo absoluto.

En el evangelio de Juan se nos muestra como telón de fondo el camino de Jesús desde Galilea a Jerusalén. La Edad Media, que tenía una alta conciencia del valor de la vida humana, pues consideraba al ser humano como hijo de Dios, desarrolló muy pronto las grandes peregrinaciones que buscaban hacer la experiencia del camino como ayuda a la vida. Todas estas tenían como final una gran catedral o basílica: la basílica del Santo Sepulcro en Jerusalén, las de San Pedro en el Vaticano, San Pablo Extramuros en Roma, y la catedral de Santiago en Compostela. Y es que el peregrino sabía muy bien la metáfora del camino; es más, partía de su ciudad, como en la vida del útero materno, y, después de muchas vicisitudes: fríos, calores, lluvias, cansancios, enfermedades, dolores, momentos de soledad y comunitarios, dudas, tentaciones, llegaba al final, que no era un lugar terrenal, sino la propia gloria celestial. Si no se había desviado del camino, si había sido obediente a las flechas, entraba por el pórtico de la gloria en una nueva realidad enorme y polícroma, con una luz diferente que aportaban las vidrieras y con el sonido angelical del coro catedralicio. El medieval no tenía dudas, ya había entendido cuál era el camino para triunfar en la vida.

En esa misma línea, todo esto vuelve a repetirse, por ejemplo, en la *Divina Comedia*, donde Dante se embarca en un viaje a través del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, guiado primero por Virgilio y, luego, por Beatriz. Pero este viaje no es solo físico, sino, sobre todo, espiritual y moral, pues refleja la transformación del alma en su camino hacia la salvación. Se inicia el via-

je perdido en «una selva oscura», símbolo de la confusión y el pecado, pero su peregrinación lo lleva a comprender su propia naturaleza y el orden divino del universo. A medida que avanza, enfrenta trabajos que ponen a prueba su voluntad y su fe, hasta alcanzar la visión de Dios en el Paraíso. Así, su travesía nos muestra la idea de que la vida humana es un viaje de purificación y conocimiento, con una meta trascendental. Y, de alguna manera, este esquema se sigue repitiendo, aunque de forma menos evidente para el hombre actual, en el *Quijote* o en otras muchas obras, e, incluso —aunque ya sin la fe y, por tanto, con un final de nuevo no trascendente—, en *El viaje del héroe* de Campbell.

En el cristianismo, esta trascendencia se identifica con la unión con Dios: el camino es la lucha contra el pecado con la ayuda de la gracia divina y una adecuada ascesis personal. Ya sabemos que no es fácil: está lleno de obstáculos, dudas y pruebas que ponen en jaque la fe y la resistencia de la persona. Sin embargo, este proceso es necesario para el crecimiento y la purificación del alma. La metáfora del viaje implica que, aunque el hombre sea imperfec-

to, siempre puede aspirar a algo superior, a un horizonte de plenitud que lo trascienda.

En la actualidad, en un mundo caracterizado por la incertidumbre y el cambio constante, la metáfora del hombre en camino nos recuerda que la vida es un proceso de aprendizaje y evolución. Es cierto que hoy, en muchos casos, el hombre contemporáneo ha perdido el mapa: sigue yendo a Santiago, pero ahora con muchos otros fines que están lejos de la realidad de la fe. Además, han surgido sucedáneos débiles como la resiliencia y la capacidad de afrontar los desafíos para lograr el crecimiento personal.

En suma, está claro que atravesamos una crisis de sentido que, a su vez, no obstante, puede ser interpretada como un viaje colectivo en busca de respuestas verdaderas. Y, en esa búsqueda, diversas tradiciones espirituales o filosofías intentan ofrecernos caminos que permitan al ser humano encontrar dirección y propósito en un mundo en constante transformación. Pero sólo hay alguien que dijo y sigue diciendo desde la Eucaristía: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». ¿Seremos capaces de seguirlo?

EL RIESGO DE LA HEREJÍA GNÓSTICA EN LA IGLESIA

D. Samuel Clavijo Gómez, Capítulo Nuestra Señora de Covadonga.

Hay una herejía primitiva, la del gnosticismo, que está más en boga que nunca. Este modelo epistemológico, radicalmente incardinado en el pensamiento protestante desde la célebrima «reforma» luterana, ha extendido tentáculos mucho más allá de sus lindes. Recordemos que las religiones originan culturas. Por ejemplo, si hubiera prosperado el arrianismo, Europa sería culturalmente mucho más parecida a una sociedad islámica que a lo que hemos conocido como la Cristiandad, tal como afirma Hilaire Belloc en su conocida obra *Las Grandes Herejías*.

En esencia, el gnosticismo es una negación de la Encarnación, doctrina que, precisamente, supone la base de nuestra teología. A Dios se le conoce por medio de su Revelación definitiva en Cristo, y esto tiene consecuencias materiales evidentes en nuestra naturaleza. El gnosticismo se caracteriza, por el contrario, por

ofrecer una vía de salvación en el conocimiento (principio que recoge, entre otros, la masonería). Crea, en consecuencia, falsas dicotomías sobre nuestra naturaleza (lo material es malo-lo espiritual es bueno). Así, a la luz de este razonamiento, el gnosticismo acaba cayendo en el pensamiento mágico y en el subjetivismo.

Y, por tanto, no existen instituciones objetivas (que en la Iglesia Católica serían los sacramentos), sino que para establecer principios sobre la realidad, yo tengo que hacer una lectura introspectiva de mi percepción personal sobre los hechos y, entonces, buscar la significación oculta para la mayoría del vulgo. Así pues, mi propia opinión, siempre contaminada por mis sesgos particulares, se erige como promotora de mi propia realidad (que puede ser una realidad diferente a la realidad del prójimo, sin lugar a dudas).

Esto se aprecia ostensiblemente en las doctrinas protestantes más distintivas. Por ejemplo, en la doctrina de la «Sola Scriptura». Para ellos, sólo la Biblia es fuente de revelación divina, por lo que no es necesario someterse a ninguna autoridad o tradición interpretativa. El problema es manifiesto: ya no se cree en la Biblia, sino en lo que «yo creo» subjetivamente sobre lo que dice la Biblia. Al negarse las instituciones objetivas y también el poder divino depositado ministerialmente en algunos hombres, todo se convierte en un concepto. De ahí nace esta famosa frase de «Dios no es religión, es relación».

Los mecanismos materiales se hacen innecesarios como comunicantes de Gracia, porque ya no se necesitan mediaciones ante Dios y se puede vivir en comunión con Él solos y conocerlo a través de las propias experiencias sensibles. Y, como por lo general Dios se hace presente en lo cotidiano, este pensamiento deriva en el sentimentalismo. La consecuencia última de esta herejía, y que se aprecia en los movimientos más contemporáneos, es que cada uno cree en las cosas en tanto que las «siente». El riesgo, por supuesto, se encuentra en la garantía de que un día el sentimiento se irá y, por ende, la fe.

Es en la negación de lo material y, por lo tanto, de la Encarnación (en la que el Verbo Divino dignifica nuestra naturaleza al adoptarla Él mismo), donde se halla el motivo de todas las negativas protestantes a acoger la piedad católica. Todos los sacramentos, además de forma, han de tener materia. Pero en su «relación» con este Dios mágico, no cabe necesidad material alguna. Por eso, el que niega a la Madre del Señor, ha de negar también la Eucaristía.

Como ejemplo de todo lo que hemos explicado tenemos la confesión. La confesión es un acto jurídico, donde yo, penitente, recibo la garantía del perdón de los pecados acreditada por la fórmula de absolución pronunciada de labios del sacerdote, que hace las veces de Cristo. Aquí no caben interpretaciones, mientras que en el «yo me confieso directamente con Dios», lo que se expresa es que yo «me siento» perdonado. Precisamente porque la materia es buena, no es el pecado la materia sacramental de la confesión, sino el arrepentimiento.

Si eliminamos lo sobrenatural de la ecuación en nuestra devoción, podremos ver la Misa por la *tele*, «confesarnos» directamente con Dios, no hacer «repeticiones absurdas» con el Rosario y simplemente decirle a Dios: «Tú ya me

conoces». Cuando se elimina lo material de la fe, no hay necesidad de disciplinar el cuerpo, esto es, no hay ascética (porque el cuerpo no sería importante). A nivel de exégesis bíblica, ocurre algo similar. La nueva teología se sustenta en la negación de lo sobrenatural, la aplicación exclusiva del método histórico-crítico, la búsqueda del «verdadero significado» detrás del milagro X en los evangelios (que pudo ser un símbolo, una figuración), etc. En resumen, cuando no hay certezas, nos quedamos en el «Dios es Amor», y, como Dios es Amor, cada uno que opere como lo estime oportuno.

La solución, en opinión (esta vez sí) de un servidor, es la contemplación del Misterio de la Encarnación. No puedo imitar a Cristo si no lo contemplo también como verdadero Hombre, se me escaparía. Una doctrina y una liturgia centradas en el Misterio del Dios-Hombre que desea divinizarnos es el punto de partida para encontrar sentido en el dolor, en el sacrificio, y sobre todo, en el reino del Cielo.

Que Dios os bendiga siempre y La Madre del Amor Hermoso os cobije. ¡Viva Cristo Rey!



El triunfo de la Fe sobre la idolatría, Jean-Baptiste Théodon (1645-1713), en la Iglesia del Gesù, Roma. Fotografía extraída de Wikipedia commons.

Notas de actualidad

II Encuentro de Música Sacra



Entre los días 14 y 16 de febrero se ha celebrado el II Encuentro de Música Sacra. Durante estos días, los miembros del coro de NSC-E participaron en ensayos de obras polifónicas y gregorianas como preparación para la próxima peregrinación. Llevaron a cabo varias prácticas tradicionales, como el canto de fabordones, versos de órgano durante el canto del oficio divino y el entierro del alleluia tras las I vísperas de Septuagésima.

Suscríbete a nuestro boletín

Pincha en el enlace de abajo para suscribirte a nuestro boletín *Laudate* y ayudarnos a difundirlo.

[Suscríbete](#)